

## Mario Abreu y su pincel atormentado

*Elite*, 1951-03-31.

Hace pocas semanas publicamos un cuento de Alfredo Armas Alfonzo, "Malderrabia", con una ilustración de Mario Abreu. No fué una simple casualidad. Armas Alfonzo, uno de los valores más destacados del actual movimiento literario del país, estima mucho a Mario Abreu. Y nos habló de él: de su personalidad y de su obra.

De esto hace algunas semanas. Después se abrieron de par en par las puertas del Museo de Bellas Artes para el XII Salón Anual de Arte, que a Mario se le antojó un resquicio por donde vislumbró París; obtuvo el premio "Federico Brandt" con su óleo "El Gallo"; y 2.000 bolívares. Nave muy frágil para embarcar tantas esperanzas. Nos referimos al premio, que la obra vale mucho más. La obra y la personalidad de Mario van parejas en sinceridad y en fuerza. Y con la misma franqueza le dice a uno que no tiene un real. Le quede "eso", lo que lleva dentro para redondear el premio. Y le dicen que es poco para viajar...

\* \* \*

Mario Abreu, vive en una casita de Los Flores de Catia. Más allá de donde termina el macadam, muy cerca del cielo, allá arriba, en el cerro. Por delante de la entrada pasa un río cuando llueve. Sin antesala, el estudio del pintor. Las paredes están cubiertas de lienzos, de cartones. Y color; mucho color. Figuras atormentadas por una obsesión: expresar la idea que le bulle dentro hasta rebosar. Del techo desnudo cuelga un bombillo. Y en torno a la lámpara está sujeta una extraña caja grande de celofán con graciosas formas de farolillo chino. "Eso resta dureza a la luz, para trabajar de noche".

Mario es un bohemio. El quisiera sujetarse a una disciplina de trabajo, de estudio; lo dice con un gesto cómico de pecador impenitente "A veces pasan días y días sin ponerme a trabajar...". Y de pronto llegan en tropel las imágenes, las ideas, atormentándole hasta dejarlas expresadas en líneas, en colores.

Mario tiene un voluminoso cuaderno de apuntes. Viendo estos dibujos asiste uno al curioso espectáculo de la concepción de un mundo interior. A mí me causó la desazón del culpable que está sorprendiendo una intimidad por el ojo de una cerradura. Trazos gruesos y tenues de discurrir nervioso y expresivo. En las figuras, un gesto de angustia, una mueca de dolor. Aquí han ido vaciándose los tormentos a que Mario se refiere. Y queda tranquilo. Si no pintara, Mario Abreu se volvería loco. La fina sensibilidad del artista necesita de una válvula de escape. Esta es la función que cumple la pintura en su existencia. Y a ella dedica todo su tiempo, porque eso es toda su vida.

\* \* \*

Con Mario vive su "viejo"; y con ellos, "Bucho", un perro blanqui-negro y algunas gallinas.

El Mario que me presentó Armas Alfonzo no era éste que yo vi en su casita. Aquel joven de ojos oscuros, un poco pálido, tiene otra vitalidad, otro calor, en marcado en su estudio. Hasta parece más corpulento, los ojos le brillan más, y los débiles bigotes que le rebasan las comisuras de los labios tienen hasta un aire fiero.

¡Con qué cariño habla de su "viejo"! Es todo lo que le queda. Su madre murió hace algún tiempo. Su muerte constituyó la más dura experiencia para Mario. Su dolor quedó expresado en un lienzo. Allí depositó el hijo la amargura del trance y la angustia de una lucha sorda e inútil contra el destino. Su "viejo" está enfermo; atacado de parálisis, apenas si puede levantarse.

– A esto se ha reducido el jardín del "viejo"...

Y Mario nos enseña unas matitas de tomate y de flores que quedan en la parte posterior de la casita. Al decirlo, aprieta los dientes, le brillan los ojos, y explota, rebelde: "¡Cómo voy a explicar yo todo esto!"... He aquí la angustia de Mario Abreu, del artista. ¡Cómo expresar todo eso que le bulle dentro de una forma que parezca inteligible! A Mario le agobia el temor de ser incomprendido. Refiriéndose a su pintura y al proyecto de viajar a París, nos decía: "Quiero saber lo que es todo esto con relación a otro medio, a otra pintura, a otras concepciones"... A Mario le asusta un poco enfrentarse a los tecnicismos, a las academias, y a ese otro mundo de pintores intelectuales que él no conoce. Y sin embargo, tiene unas ganas enormes de trabajar, de estudiar; "para pegarle duro", como él dice con una fé que conmueve.

Mario no quiere ir a París a tomar una escuela como modelo. El será "él", y donde vaya llevará el mensaje de Venezuela; su sangre se calentará con sus calores, y su corazón le latirá con sus inquietudes. El quiere aprender a expresar lo que siente. No va a copiar lo que sienten otros.

Mario trajo unos apuntes de un reciente viaje a los Andes: "Hay motivos para estar años enteros pintando", nos decía. Le impresionó el esfuerzo que representaban las paredes que cercaban los sembrados, la lucha heroica del hombre para sostener parcelas de tierra en pequeñas plataformas desafiando el declive; la tragedia del campesino venezolano, que se queda sin tierras y sin cosechas cada vez que llueve. Hay un eco de esta angustia en cada una de las líneas de Abreu.

\* \* \*

"Bucho" es nervioso como yo...

Mario quiere mucho a los animales. Y "Bucho", el perro blanqui-negro, es uno de sus mejores amigos. Las gallinas y los pollitos corren por la habitación compartiéndola con su dueño:

–Me molestan un poco por las mañanas... ¡Saltan a mi cama y empiezan a poner!

Mario habla extendiendo los apuntes y estudios sobre el suelo. Los animales le molestaban pisándole los papeles, como si estuvieran acostumbrados a hacerlo siempre. Mario no hizo un gesto para espantarlos. Si le faltaran el perro y las gallinas, no tendría a

quien contarle cosas en horas de intensa soledad, esas que preceden a otras de intensa creación.

\* \* \*

Yo no soy un crítico de arte. No pretendo juzgar la técnica de Mario Abreu. Acaso no la tenga. Eso puede ser su salvación. Sólo sé decir que en su pintura hay algo que impresiona; y algo hondo de grito de llamada, en su mensaje de la nueva generación para Venezuela.

Hay dos símbolos muy destacados que se repiten en los motivos de sus obras: el sol y la muerte. Soles rojos, soles azules, soles amarillos, con nimbos hirientes de colores. Símbolos humanos, ojos atormentados por el calor, con muecas de colores entrelazados con figuras de una demoníaca sugestión de posesos, en derredor. Mario tuvo desde chiquito mucho miedo a los diablos danzantes. Cuando niño, aún bailaban en Aragua, aunque hoy sólo perdure la tradición en Yare. Aquel terror infantil se refleja todavía en este pincel atormentado de Abreu. ¡Ese Sol... "Cuando estuve en Ocumare del Tuy, por ejemplo –nos dice– sentía el sol correrme dentro como candela"... ¡Y la Muerte! Ojos tristes, ojos inquietos, atisbando por doquiera en sus obras, como queriendo sorprender el misterio de la muerte. Bajo la terrible angustia de la de su madre, pintó su retrato. Hay una agobiante tristeza, un insondable pesar en los ojos de esa madre que idealizó su hijo en aquel brinco angustioso del que hace el supremo esfuerzo para alcanzar algo. Y "El Gallo" que pintó Mario para ganar el premio "Federico Brandt" estaba todavía caliente cuando volcó su agonía en colores al lienzo. Mario tiene unos curiosos apuntes en su cuaderno. Ha dibujado veinte, treinta veces, un ratoncito en diversas posturas, también en trance de muerte. Ninguna le ha ayudado a descifrar su enigma. pero eso le ayudará a comprenderla mejor. Al fin se le rendirá el secreto... ¡cuando él muera!... Pero entretanto ayudará a comprenderla mejor a los demás.

\* \* \*

Mario Abreu nació en Turmero hace casi treinta años. Vino a Caracas a aprender "de letras y números"; él se costeó sus primeros estudios haciendo mandados en una bodega. Pero mientras los clientes refunfuñaban por la tardanza, y el patrón se quejaba del servicio, Mario pintaba monigotes y muñecos sobre burdo papel de envolver. La escuela le aburría; no sólo no enseñaban a pintar muñecos, sino que aún le castigaban por ensuciar los cuadernos y... las paredes. pronto regresó a Turmero de nuevo; ayudaba a sus padres en las labores agrícolas, cultivando las feraces tierras aragüeñas. Por ellas siente Mario especial cariño. Pero esa "candela" que llevaba dentro le seguía quemando, y le mordió el deseo de probar pintura "en serio". Consiguió una beca flaca, pero beca, en la Escuela de Artes Plásticas. Y aquí otra vez la candela. Que dice que debía empezar a pintar de esa u otra manera. Que los principios, que las bases... Mario no es de los que se encasillan fácil, ni de esos que guardan fila modositos... "¡Y me botaron!". Me botaron porque pintaba como me daba la gana...

\* \* \*

Puedes decir que tengo la múcura en el suelo... Es la crisis del artista. Un momento de desconcierto que hay que superar.

El aguijón del descontento consigo mismo, con lo mejor de sí mismo, con su obra, es el mejor acicate para la superación, ese constante emerger con ansias de infinito. Mario Abreu habla con vehemencia, gesticula, se revuelca dentro de sí mismo para explicar que él quiere encontrar un camino para llegar donde aspira.

Como escribe a un colega que sigue estudios de pintura en París, Luis Guevara: "... no tenemos tradición. Quiero internarme en nuestra Venezuela, y absorber la naturaleza y el hombre para reflejarlos en mi pintura..."

Mario Abreu quiere ir a París para "fajarse duro". Su talento y su entusiasmo se malograrían si se desbaratase este sueño. Y sin embargo, 2.000 bolívares representan apenas seis meses de estancia en París, a pesar del notable beneficio que se obtiene con el cambio. Armas Alfonzo me decía que habían obtenido un pasaje gratuito para Mario. Sólo necesitaría el empujoncito de una corta pensión de 300 bolívares mensuales para ofrecerle la magnífica oportunidad de unos estudios que terminarían de formar al artista. Esta iniciativa podría partir de su tierra, de Aragua, a la que tanto quiere Mario. En el presupuesto del Ejecutivo del Estado, esta pequeña cantidad pasaría desapercibida.

Aquí están expuestos nuestros deseos. Muy sinceros deseos de ayudar a Mario Abreu. Ojalá haya quien le comprenda en su tierra y descubran esta firme vocación al servicio de su país.